

No. 7 - Junio - 1955



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

EL CORRO

PAUL FORT

Si todas las mozas del mundo la mano se quisieran dar,
en torno del mar un corro podríase formar.

Si todos los mozos del mundo se hicieran marinos
podrían hacer con sus barcas un puente por cima del mar.

Y entonces en torno del mundo podríase un corro formar,
si toda la gente del mundo, la mano se quisiera dar.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

El corro	1
Canción de cuna de los elefantes	2
La canción del albatros	3
La lechera	5
En el Templo	7
De lo que aconteció a la golondrina.....	11
El hombre cultiva la tierra	12
Romance de la niña que sale de compras	14
Página de los niños	15
El colibrí	16

JUNIO 1955

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 7

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

¢ 0.20

CANCION DE CUNA DE LOS ELEFANTES

El elefante lloraba
porque no quería dormir...
-Duerme, elefantito mío,
que la luna te va a oír...

-Papá elefante está cerca,
se oye en el manglar mugir,
duerme, elefantito mío,
que la luna te va a oír...

El elefante lloraba
-¡con un aire de infeliz!-
y alzaba su trompa al viento...
Parecía que en la luna
se limpiaba la nariz...

Adriano del Valle



LA CANCION DEL ALBATROS

Sobre la nvea llanura del mar, el viento amontona las nubes. Entre las nubes y el mar vuela orgulloso el albatros, semejante a un relámpago negro.

Ya rozando las olas con sus alas, ya atravesando las nubes como una flecha, el albatros no cesa de gritar. Y las nubes escuchan un himno de alegría en los gritos audaces del ave.

Esos gritos expresan su sed de tempestad!

Las nubes perciben en estos gritos la fuerza de la cólera, la llama de la pasión y la seguridad de la victoria.

Las gaviotas gimen ante la tempestad, gimen y se balancean sobre las olas, buscando esconder en el fondo del mar su horror ante la tempestad. Los somorgujos también gimen. Para ellos no es dable concebir la delicia del combate por la vida, y el retumbo de las olas les asusta. El tonto pingüino esconde tímidamente su cuerpo

pesado entre las rocas. Tan sólo el albatros, orgulloso, vuela libre y soberano sobre el mar, cubierto de blanquísimas espumas.

Se oye el retumbo del trueno. Gimen las olas coronadas de espuma, en pugna formidable con el viento. De pronto, he aquí que el viento ciñe la procesión de las olas con sus robustos brazos, y colérico las arroja con todas sus fuerzas contra los duros peñascos, donde las masas líquidas se hacen polvo y se rompen en salpicaduras de esmeralda.

El albatros, más hermoso todavía, entre gritos rubrica el espacio, y como una flecha se hunde en el seno de las nubes rozando las crestas espumosas de las olas con sus alas. El albatros vuela como un demonio — el orgulloso y negro demonio de la tempestad — y solloza y grita. El albatros ríe de las nubes tempestuosas, sollozando de alegría. El albatros — atento demonio — ya percibe la fatiga de la cólera del trueno y adivina que las nubes no podrán ocultar ya más por completo el Sol. ¡No, no lo ocultarán!

El viento aúlla; retumba el trueno... Como una llama azul, las bandadas de nubes flamean sobre los abismos del mar. El mar aprisiona las flechas de los relámpagos y las hunde en sus abismos. Y como si fuesen serpientes de fuego, los relámpagos se tuercen y se apagan.

¡La tempestad! ¡Pronto tronará la tempestad!

Y así, más hermoso todavía, el orgulloso albatros vuela soberano y atrevido entre una fiesta de relámpagos, sobre el mar, que coléricamente retumba.

Y el profeta de la victoria grita:

-“¡Que ruja la tempestad! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte todavía!”



LA LECHERA

Félix María Samaniego

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado
que va diciendo a todo el que lo advierte:
“¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!”

Porque no apetecía
 más compañía que su pensamiento,
 que alegre, le ofrecía
 inocentes ideas de contento,
 marchaba sola la feliz lechera
 y decía entre sí de esta manera:

“Esta leche, vendida,
 en limpio me dará tanto dinero,
 y con esta partida
 un canasto de huevos comprar quiero,
 para sacar cien pollos que al estío
 me rodeen cantando el pío, pío.

Del importe logrado
 de tanto pollo, mercaré un cochino;
 con bellota, salvado,
 berza, castaña, engordará sin tino;
 tanto, que puede ser que yo consiga
 ver cómo se le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado;
 sacaré de él sin duda buen dinero:
 compraré de contado
 una robusta vaca y un ternero,
 que salte y corra toda la campaña,
 hasta el monte cercano a la cabaña”.

Con este pensamiento
 enajenada, brinca de manera
 que, a su salto violento,
 el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
 ¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
 huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh loca fantasía,
 qué palacios fabricas en el viento!
 Modera tu alegría;
 no sea que saltando de contento,
 al contemplar dichosa tu mudanza,
 quiebre su cantarillo la esperanza.



EN EL TEMPLO

Continuación

—Este puente fué colocado por el rey Salomón—contestó la madre—y lo llamamos el *Puente del Paraíso*. Si eres capaz de pasar sobre este puente inseguro, cuyo corte es más fino que un rayo de sol, puedes estar seguro de entrar en el Paraíso—. Y la madre sonrió y continuó su camino; pero el muchacho permaneció parado y continuó mirando la hoja delgada y trémula del puente de acero, hasta que su madre lo llamó.

Mientras la seguía suspiró lamentando que su madre no le hubiera mostrado antes aquellas dos cosas tan maravillosas. Entonces hubiese tenido tiempo de observarlas detenidamente. Continuaron, pues, sin detenerse hasta el inmenso pórtico de entrada, adornado con su quintuple serie de columnas. En un extremo elevábanse dos columnas de mármol negro tan unidas sobre la misma base que apenas si podía pasar entre ellas una pajueta. Eran altas y majestuosas, con capiteles ricamente adornados, rodeados de una serie de cabezas de animales de curio-

sas formas. Pero ni una sola pulgada de estas magníficas columnas se hallaba libre de rajaduras y grietas; estaban más dañadas y desgastadas que todo el resto del templo. Hasta el suelo de piedra se hallaba, en torno de aquel lugar, desgastado por el roce de las pisadas de innumerables pies.

Y nuevamente detuvo el muchacho a su madre, y le preguntó:

—¿Qué columnas son éstas?

—Estas son las columnas que nuestro padre Abraham trajo a la Palestina de la lejana Caldea para adornar la *Puerta de la Justicia*. Aquel que pueda deslizarse entre ellas, es un justo ante Dios por no haber cometido nunca pecado alguno.

El muchacho quedóse parado y contempló las columnas con grandes ojos.

—No creo que intentarás pasar entre ellas—le dijo la madre sonriendo—. Ya ves cuán desgastado está el suelo en torno, por las muchas personas que han probado deslizarse por este hueco. Nadie lo ha conseguido. Pero ¡date prisa! Oigo el retumbar de las puertas de cobre. Los treinta servidores del templo apoyan en ellas sus hombros para cerrarlas.

El muchacho permaneció toda la noche en el lecho de la tienda soñando despierto en la *Puerta de la Justicia*, el *Puente del Paraíso* y el *Cuerno del Príncipe del Mundo*. Nunca había oído hablar de cosas tan maravillosas. Y no podía abandonar aquellos pensamientos.

A la mañana siguiente sucedió lo mismo. No podía pensar en otra cosa. Aquel día tenía que volver a Nazaret. Los padres se hallaban muy ocupados en desmontar la tienda y en cargarla sobre el camello; también tenían que poner en orden muchas cosas. No tenían que emprender el viaje solos, sino en compañía de parientes y vecinos, y como eran muchos, el embalaje de las cosas iba muy despacio.

El muchacho no les ayudó en su trabajo; se hallaba silencioso entre la algarabía y el trajín y sólo pensaba en aquellas tres cosas maravillosas.

De repente se le ocurrió la idea de que tenía tiempo suficiente para visitar el templo y contemplar aquellas cosas otra vez. Quedaba aún mucho por empaquetar. Antes de que la caravana se pusiera en marcha, podía muy bien estar de vuelta. Apresuradamente se alejó sin decir a nadie nada. No lo creyó necesario. Pronto volvería.

No tardó en llegar al templo y penetrar en el pórtico para

contemplar las dos columnas de mármol negro que allí se hallaban.

Apenas las vió sus ojos brillaron de alegría. Sentóse en el suelo de piedras junto a ellas y se puso a mirarlas. Cuando pensaba que aquel que pudiera deslizarse era salvo ante Dios y sin pecado, se dijo que nunca había visto cosa más maravillosa.

Pensaba en lo hermoso que sería poder pasar entre aquellas dos columnas; pero se hallaba tan cerca una de otra que era imposible pretenderlo. Sin darse cuenta de ello permaneció cerca de una hora junto a las columnas. Pero él creía haberlas contemplado tan sólo unos instantes.

Y sucedió que en el espléndido patio se hallaban reunidos los jueces del Consejo Supremo, para juzgar los litigios del pueblo. Todo el pórtico estaba lleno de gente. Unos se quejaban de la ilegítima colocación de unos mojones en su propio terreno, otros hablaban de robos de ovejas por medio de marcas falsas, otros acusaban a deudores morosos, que no querían pagar. Entre otros apareció allí un hombre rico majestuosamente cubierto con un manto de púrpura. Llevaba a una viuda ante el tribunal, la cual, según él decía, le debía algunos siclos (moneda hebrea) de plata. La pobre viuda lamentábase de que el rico no le hiciera justicia; ya le había pagado su deuda una vez, pero ahora quería obligarla a pagar de nuevo, cosa que ella no podía hacer. Era tan pobre que en caso de que los jueces le condenaran a pagar, tendría que ceder sus hijas como esclavas, al rico.

El Consejo Supremo dirigióse al hombre rico, y le preguntó: —¿Te atreverías a jurar que esta pobre viuda no te ha pagado todavía su deuda?

Y el rico contestó:—Señor, yo soy un hombre rico. ¿Acaso me tomaría la pena de reclamar mi dinero a esta pobre viuda, si no fuera porque tengo razón? Yo juro que es tan cierto como que nadie atravesará jamás *la Puerta de la Justicia*, que esta mujer me debe la suma que pido.

Cuando los jueces oyeron aquel juramento, creyeron en sus palabras y condenaron a la pobre viuda a ceder sus hijas como esclavas.

Pero el muchacho lo había oído todo. Y decía:—¡Qué bien si alguien pudiera atravesar *la Puerta de la Justicia*! Este hombre no ha dicho la verdad! ¡Qué horrible es para la pobre anciana tener que ceder sus hijas como esclavas!

Saltó hasta el pedernal en que descansaban las dos columnas, y miró el hueco que entre ambas había.

—¡Ah, si no fuera tan imposible!—suspiró.

¡Aquella pobre mujer le causaba tanta pena! En aquel momento no pensaba en que todo aquel que lograra atravesar la puerta estaba salvo y libre de pecado. Sólo por la pobre mujer deseaba conseguirlo. Y apoyó los hombros en la hendedura como si quisiera abrirse paso.

Entonces retumbó un trueno en la bóveda y las dos viejas columnas se apartaron entre misteriosos sonos de música, una a un lado y otra a otro, dejando espacio suficiente para que pudiera deslizarse por ellas el esbelto cuerpo del muchacho. Todos los presentes miraron hacia *la Puerta de la Justicia* con visibles muestras de sorpresa.

Lo ocurrido causó la más grande consternación entre los allí reunidos. En el primer momento quedaron mudos. Las gentes miraban atónitas al rapazuelo que había realizado tal milagro. El más anciano de los jueces fué el primero que se dominó. Ordenó que fuera apresado el rico y conducido a presencia del Consejo Supremo. Y le condenó a ceder todos sus bienes a la pobre viuda por haber jurado en falso en el templo de Dios.

Cuando hubo hecho esto preguntó el juez por el muchacho que había pasado por *la Puerta de la Justicia*; pero, cuando las gentes se aprestaron a buscarle, había desaparecido. En el momento en que las columnas se separaron, le pareció como si despertara de un sueño y pensó en sus padres y en la vuelta al hogar.—Ahora he de darme prisa para que mis padres no tengan que esperarme mucho—se decía.

Pero ignoraba que había permanecido una hora ante *la Puerta de la Justicia*, y creyó que aún tendría tiempo de echar un vistazo al *Puente del Paraíso*, que estaba situado en el extremo opuesto del gran templo.

Y cuando contempló la afilada hoja de acero que se extendía sobre el abismo, pensando que el que pudiera pasar por aquel puente entraría ciertamente en el Paraíso, opinó que aquello sería la cosa más maravillosa que se hubiera visto jamás, y se sentó al borde del abismo en actitud pensativa.

Imaginaba lo hermoso que sería llegar al Paraíso y lo que gustaría poder atravesar el puente. Pero pronto se dió cuenta de que era imposible hasta intentarlo.

Durante dos horas permaneció allí meditando, sin darse cuenta del tiempo transcurrido. No cesaba de pensar en el Paraíso.



DE LO QUE ACONTECIO A LA GOLONDRINA CON LAS OTRAS AVES CUANDO VIO SEMBRAR EL LINO

La golondrina vió que un hombre sembraba lino, y entendió por su buen entendimiento que si aquel lino naciese podrían los hombres hacer redes y lazos para cazar a las aves.

Fuese luego e hizo juntar a todas las aves y díjoles, cómo el hombre sembraba aquel lino, y que estuviesen ciertas que cuando aquel lino naciese tendrían gran daño y que les aconsejaba que antes que el lino naciese fueran todas allá y lo arrancaran, pues era cosa fácil en el comienzo.

Las aves tuvieron esto en poco y no lo quisieron hacer. De esto díjoles la golondrina muchas veces.

Mientras tanto el lino había crecido y, ahora, las aves no podían arrancarlo ni con sus manos ni con sus picos. Ellas se sintieron muy arrepentidas por no haber atendido la sabia advertencia.

Cuando la golondrina vió esto, se acercó al hombre y ganó de él simpatía para sí misma y para su linaje. Y desde acá viven las golondrinas cerca de ellos; y las otras aves que no quisieron guardarse, son tomadas cada día con redes y lazos.

EL HOMBRE CULTIVA LA TIERRA

Los primeros hombres que habitaron la Tierra lograron, en el transcurso de cientos y cientos de años, mejorar las condiciones del ambiente y asegurar en mejores formas su propia subsistencia. Cada generación recibió de las que le precedieron un mundo mejorado, y a su vez, legó a las generaciones posteriores sus propias conquistas, que significaron un paso más en la búsqueda del bienestar para los seres humanos.

En un principio, el hombre se alimentó con los frutos de los bosques; más tarde, cazador y pastor, completó su alimentación con carne y leche. De la vivienda de los árboles pasó a ocupar las cavernas de los animales y construyó después, casas rústicas con los materiales que encontró a la mano: piedras, troncos, hojas, pieles.

Necesitó atravesar ríos y lagos, inventó los barcos.

Descubrió la forma de producir el fuego y utilizarlo.

Inventó el lenguaje para compartir experiencias.

Construyó armas para defenderse de los animales, y más tarde domesticó a los más mansos y tranquilos; a los ganados y a los caballos. Tuvo animales domésticos a su servicio y se vió obligado a cuidarlos y a procurarles alimento; y en busca de pastos para sus ganados viajó de un lugar a otro en los campos sin fin.

El hombre de entonces era nómada.

¿Cuándo logró establecerse en un solo lugar?

¿Cuándo dejó de viajar en busca de alimento?

No se conoce el momento preciso, pero llegó ese

momento, en el cual, observaciones acumuladas por siglos iluminaron su mente, y las semillas que en la humedad de los bosques germinaban, crecían y fructificaban le sugirieron la feliz idea de llevar semillas y plantarlas en otros lugares. Palos y ramas usó para labrar la tierra, y estas simples herramientas mejoradas son los picos y arados que usa el campesino de hoy.

La vida del hombre agricultor se transformó. Levantó la casa en el lugar de sus cultivos, y ahí se agrupó con otros compañeros.

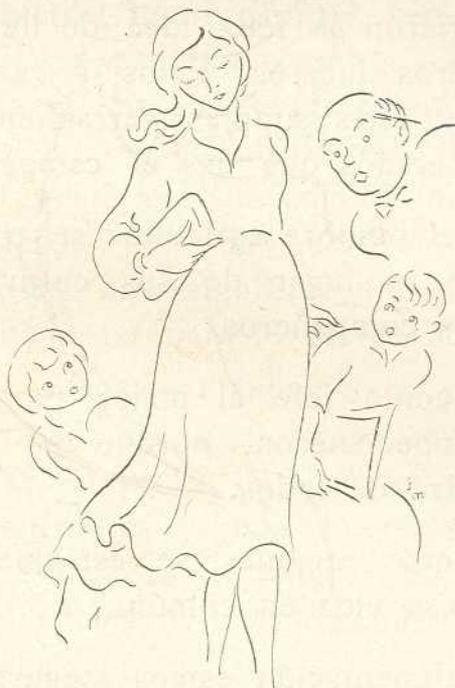
Eligieron como jefe al mejor por su valentía y fortaleza, y le obedecieron, porque en la obediencia estaba la seguridad de todos.

En diferentes regiones se establecieron familias que organizaron su vida en común.

Como la alimentación estaba asegurada pues sembraban, cultivaban y recogían, dedicaron mayor tiempo al ejercicio de sus habilidades. Hicieron diferentes y mayor número de cosas: vasijas, telas, cestas, canoas; mejoraron su casa, cuidaron animales y obtuvieron productos de la tierra. Entre ellos y los pequeños grupos establecidos en lugares cercanos se inició el intercambio de productos que fue el principio de la industria y el comercio.

Las pequeñas comunidades dieron origen a otras mayores, y éstas, a las grandes naciones del pasado y del presente.

Con el cultivo de la tierra empieza la era de la civilización; un mayor progreso y un gradual enriquecimiento de cultura.



ROMANCE DE LA NIÑA QUE SALE DE COMPRAS

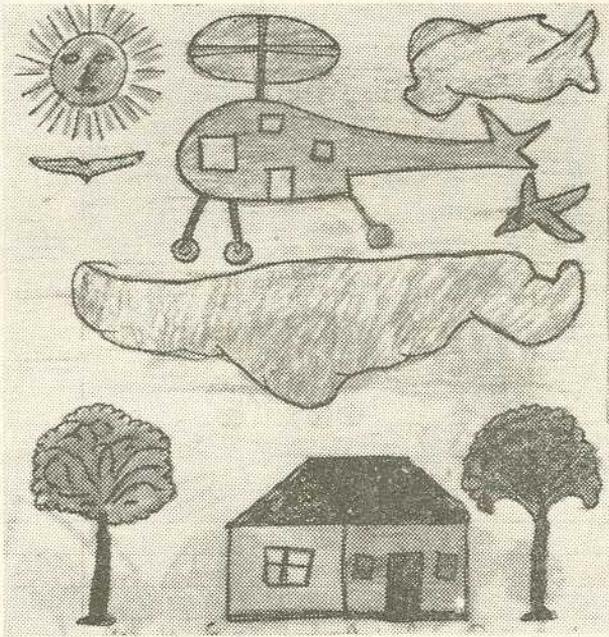
Luis Cané.

La niña sale de compras,
de compras sale la niña;
porque ella sale de compras
se pone más lindo el día.

Las calles de Buenos Aires
la esperan en las esquinas
y la saludan al paso
con impacientes bocinas,
mientras muelen con el freno
su lentitud los tranvías.

Ella va de tienda en tienda
(¿Qué busca?... ¿Qué necesita?...)
pregunta el precio de todo,
revuelve las mercerías,
y al azar de su capricho
toda la ciudad se agita,
tiembla el comercio y la industria,
el tráfico se complica.

A la hora del regreso,
por el cansancio encendida,
la niña vuelve de compras
con medio metro de cinta.



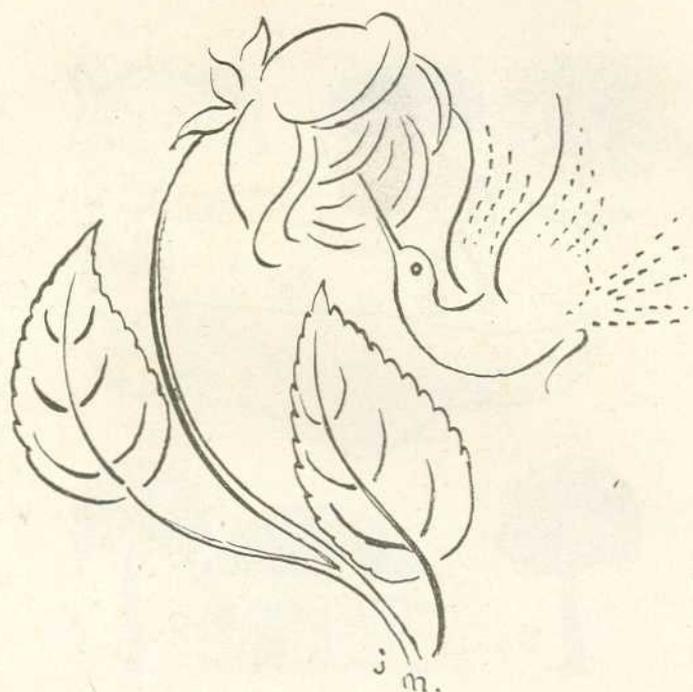
La pasada de los helicópteros por San Ramón,
el 4 de Noviembre de 1954.

María Eugenia Sánchez, II Grado
Concepción de San Ramón.

LAS MARIPOSAS

Son las mariposas
flores con alas,
desprendidas,
de los jardines
celestes del Señor.

Adina Morales. IV Grado. Escuela José
Figueres, Sabanilla de Montes de Oca



El Colibrí

¡El príncipe del jardín!
 Por ti se visten las rosas
 con su traje carmesí.

Colibrí.

A todas besas y a todas
 prometes tu corazón.

Rondaflor.

¡Pero ellas saben que no
 te casarás picaflor!

Fernando Luján